

Lo primero que se percibe al poner pie en la selva amazónica es una fuerte opresión, un abrazo asfixiante que desfallece. Una densa capa de vapor es el primer saludo que se recibe, junto con un beso húmedo en las mejillas. Mientras se descienden las escaleras del avión el ambiente caluroso sobrecoge. Además, las pupilas, adaptadas a la gama de grises de las ciudades, sienten extrañeza y se dilatan ante el verdor. Bajo esta novedad de sensaciones, el recién llegado hace movimientos desatinados sin saber qué hacer. Se vuelve torpe, inquieto. Estira los miembros a fin de que la ropa se desprenda del cuerpo pero su acción es inútil: piel y vestido son uno solo en esta humedad infernal. Incluso al cerrar los puños tiene la sensación de tenerlos adheridos. Al punto, gruesos chorros de sudor se desprenden de las sienes y siente un fuerte agobio. ¿Existe un refugio adónde huir?, se pregunta al verse vencido por el ambiente: imposible, el vapor todo lo oprime. Exhausto admite la derrota y divisa un árbol que puede servirle de amparo. Se sienta bajo su sombra y deja de combatir. Meditabundo y pegajoso, con el nuevo olor inundando por primera vez la punta de su nariz, divaga con la mirada sin descansar en objeto alguno. Arbustos, lianas, troncos, hojas, todo lo repasa y por algún tiempo su ojo se pierde vacilante en el mar de pequeñas diferencias. La naturaleza lo embriaga, quizá nunca antes había presenciado un paisaje tan heterogéneo.

Después de un tiempo, antes de que la luz del sol haya disminuido su intensidad, percibe el marrón de la tierra y las formas de las cortezas. Distingue también algunos de los interminables tonos que se desprenden de las hojas. Maravillado con todo esto, sigue con sus descubrimientos aun cuando ahora los rayos solares estén atrapados en el dosel y apenas si penetran el bosque. Al final, unas palmadas secas a zancudos fugaces y un batallón de hormigas en sus pies lo devuelven del ensimismamiento. Sacude sus piernas bruscamente, percibe que el crepúsculo llegó a la selva y camina de regreso. Sin embargo, un último hallazgo descansa tras cada pisada, cuando un mullido colchón de vegetación amortigua las plantas de sus pies. Tantea el suelo cubierto de hojarasca y sus yemas acarician unos tallos blandos. Palpa más allá y percibe brotes de plantas por doquier. En este lugar de la tierra todo el suelo se encuentra en estado de germinación. Este hombre acaba de llegar al corazón del Amazonas.

Pero aunque la piel se ampolle bajo el vapor, la mirada se desenfoca entre los verdes y los nuevos aromas embriaguen, el recién llegado precisa de un estado de alma especial para encontrarse allí. No es suficiente sobrevolar miles de kilómetros para hallarse en un punto geográfico del globo terráqueo. Una serie de transiciones son indispensables para respirar su aire particular. Sin embargo, el mundo moderno, desprovisto de rituales de paso, olvida todo esto. El largo trayecto de los viajes tenía la función de introducir al viajero en otro mundo, ponerlo en sintonía con las nuevas criaturas y gentes. Ya lo decía Ryszard Kapuscinski, el verdadero viajero. Ahora se entra y sale de un lugar a otro sin mayores cambios que un nuevo atuendo. ¿Dónde subyace la experiencia? ¿En qué lugar queda la trascendencia de los intercambios? El mundo moderno, que desintegra el tiempo a su antojo, es el culpable de todo. En este instante, cuando se leen estas frases, Occidente, bajo alguno de sus múltiples rostros, evapora tradiciones y lenguas ancestrales. Por esta razón, para *estar* en el Amazonas no es suficiente *viajar* allá. La velocidad ha desvirtuado la trascendencia del viaje, entonces es preciso buscar experiencias intensas para sentirnos en un espacio diferente. Antes un viaje al Amazonas significaba meses en barco, donde el oleaje del mar y los ríos lo sintonizaban a uno con el lugar. Hoy, aun cuando dentro de la selva los viajes pueden tardar algunos días, los tiempos se han reducido y la posibilidad de transformar la vida con esta experiencia también. No es suficiente iniciación al Amazonas navegar el gran río en un pequeño bote y acariciarlo con las yemas de los dedos, el roce de pieles sólo sirve para abrir los párpados. La transición ha de ser mucho más profunda.

Aunque este nuevo espacio, físico y simbólico, no se habita gracias a la presencia corporal, agudizar los sentidos al menos sirve para revelar los secretos más superficiales de este mundo enigmático. Sin embargo, para nuestro espíritu occidental, dispuesto a creer sólo en lo tangible, los elementos que nutren la cosmovisión amazónica son difíciles de reconocer y sus misterios profundos son puntos ciegos en el infinito. Para un blanco que recorre la selva, por ejemplo, un árbol no es más que un árbol, mientras que para el indígena significa una señal en el camino, un espíritu querido de protección, una fuente de alimento o curación. Si al forastero un enjambre de mariposas le produce una ensoñación romántica, al indígena la intensidad del color de sus alas y el lugar hacia donde orientan su vuelo le ofrece una información detallada sobre los animales de caza que merodean el lugar. Esta ceguera característica del hombre moderno frente al Amazonas le exige un profundo cambio en su estructura. Poner a tambalear sus propios paradigmas e intentar ver desde la perspectiva de un amazónico es una manera de dar inicio al verdadero viaje.

El primer paso para interpretar este nuevo sitio es reconocer nuestra incapacidad de comprenderlo. Un sistema de valores distinto y nuestra disociación del mundo natural son la principal causa de esta invalidez. Debemos buscar experiencias profundas pues nuestro primer obstáculo es ver lo invisible. ¿Dónde buscar estas vivencias? ¿En qué rincón se esconden? Desprovistos de éstas tenemos una mirada deslucida de los lugares y sus gentes. Tenerlas del pescuezo, por el contrario, significa acercarse un poco a la esencia. Tras esto, liberarse de sí mismo y sumergirse en el nuevo sistema de valores resulta una tarea mucho más fácil. Con el paso de los meses el influjo es tan fuerte que la inmersión será total.

Infortunadamente, hay que aceptar una cosa: lejos están los viajes de los expedicionarios y los antropólogos que comienzan con unos meses de investigaciones para convertirse en años de aventuras. En otro siglo quedó el Lévi-Strauss del Brasil, y para él, en otro milenio se encontraban los expedicionarios del siglo dieciocho. Por supuesto, la distancia de siglos y decenas de años entre sus experiencias y las que ofrece este nuevo milenio es el origen de esta diferencia, y la trivialidad de nuestra época es la única culpable. A pesar de que sólo hace unas décadas la selva había bullido con investigadores que se perdían para el mundo durante décadas, la penetración cultural de Occidente ha erosionado las creencias de los pueblos indígenas y hoy es preciso recoger las migajas de grandes tradiciones. Los antiguos guerreros indígenas combaten hoy por recuperar su identidad perdida y sus territorios ancestrales, y buscan asegurarse un lugar en el mundo durante sus últimos años de tradición. Los últimos curanderos amazónicos murieron con el milenio y la sabiduría ancestral de las tribus indígenas de la selva se diezmó tras su fallecimiento.

A pesar del abismo en el que se encuentran las sociedades amazónicas, los procesos de erosión cultural en toda la cuenca han sido largos y complejos, gracias a la barrera natural de la maraña de ríos. Durante la época de la conquista sólo Francisco de Orellana se aventuró a descender por el río Napo desde el Ecuador hasta el Amazonas, y durante los dos siglos siguientes, arriesgados misioneros se asentaron en los ríos principales. Por un buen tiempo las rutas líquidas y la impenetrabilidad de los bosques salvaguardaron creencias y costumbres. El auge de la época del caucho, sin embargo, trajo al hombre blanco tan cerca del espíritu del indígena que lo quebró, dejando en ocasiones heridas imposibles de sanar.

La Amazonia peruana, región donde me encuentro, constituye más de la mitad del territorio del país. Rica en comunidades desperdigadas sin concierto alguno en las riberas de sus infinitos ríos, es un territorio invisible para la mayoría de los peruanos. Aislados de la Costa por los densos ramales de los Andes,

y luego por una maleza infranqueable de selvas y pantanos, los pueblos amazónicos crearon su propia identidad, heterogénea en su unidad. Durante milenios se forjaron en los bosques del Amazonas pequeñas sociedades tribales, cada una poseedora de tradiciones, mitos y dialectos particulares. Unas guerreras y otras pacíficas, se asimilaban entre sí por medio de destrucciones y despojos, hasta que llegó la modernidad y se lo tragó todo. Durante el primer despojo de América, cuando Francisco Pizarro reducía al imperio Inca ordenando la ejecución de Atahualpa, los pueblos amazónicos, resguardados en la selva, mantuvieron vírgenes sus territorios y costumbres. La obsesión por la fe trajo a jesuitas y franciscanos a evangelizar en medio de los peligros de la selva. Conscientes de la dificultad de la tarea se asentaron en la ribera de los principales ríos, el Amazonas y sus principales hijos peruanos, el Marañón y el Ucayali, y de ahí partieron en búsqueda de sus fieles. La estrategia era puntual: sedentarizar a los indígenas en pequeñas reducciones y atarlos a un terruño particular enseñándoles la crianza de animales y la labranza de la tierra. Aquellos religiosos comenzaron la conversión del indio. Unos siglos después, la cauchería, con la barbarie que se dio bajo el lema de “civilizar al salvaje”, dobló sus espíritus y acabó con generaciones enteras.

Aun cuando para numerosas sociedades amazónicas el panorama actual es desolador, algunas regiones de la selva peruana son todavía territorios del pasado. Tras haber entrado en armonía con el lugar, salta a la vista el ritmo de sus gentes, más pausado, en sintonía con el régimen de los ríos y los tiempos de las cosechas. En este lugar, el vaivén de los elementos de la naturaleza determina la vida de estas gentes, para un occidental congelada en la prehistoria. Similares a sociedades de cazadores-recolectores, ya no nómadas sino atadas a un terruño, estas comunidades sobreviven gracias a la agricultura de subsistencia, la caza y la pesca. Durante la época de verano, cuando las orillas del río quedan descubiertas de agua y el terreno es fangoso, las mujeres se aprestan a cultivar mandioca, plátano y otros alimentos, mientras los hombres aprovechan para irse de caza al monte, donde los animales merodean en las noches. En el tiempo de inundaciones, por el contrario, cuando las cosechas han desaparecido bajo un río crecido, los hombres se dirigen a las lagunas a pescar mientras las mujeres en las casas alimentan a los suyos.

La vida en la selva, con sus exigencias, recuerda a los hombres el pasado guerrero de sus ancestros. Las jornadas de pesca, bajo la intemperie y los rayos fulminantes, son extenuantes y peligrosas. Si una boa enorme se desliza por debajo de la canoa e intenta volcarla, le asestan un golpe con el machete o le disparan con su escopeta hasta que al final alguno de los dos, el hombre o el animal, sale con vida. De igual modo, las semanas de cacería ponen en riesgo su existencia. Los tres o cuatro cartuchos de su escopeta definen su destino: derriba al animal

y tiene alimento para llevar a su casa o la mala puntería lo obliga a echarse a correr por el monte y camuflarse entre las ramas. En este oficio no hay espacio para el miedo, en segundos se define si el cazador recordará el momento como una hazaña de valor o si serán otros quienes lo relaten como el día de su muerte.

El hombre blanco, por el contrario, con sólo oír nombrar estos peligros corretea en búsqueda de escondite. Se le congela el corazón con el serpentear de las víboras y languidece con oír el rugido de un jaguar. No considera participar en esta lucha por la supervivencia pues sabe que desfallece en el intento. Antes de enfrentarse con cualquier amenaza real, su cuerpo, bañado en sudor, ya se encuentra derregado, y posiblemente ha perdido por completo la orientación. Exhausto, tal vez descansa en algún claro desde donde deambula para siempre en el bosque. Las posibilidades de que sobreviva al día siguiente serán tantas como sus fuerzas.

Llegué a Iquitos, en el noreste de la selva amazónica del Perú, a contracorriente por el río Amazonas. La ciudad, una isla acariciada por diferentes ríos, ha sido convertida a regañadientes en el escenario de turismo místico, étnico y ecológico de la selva peruana: los mestizos se convierten en chamanes profesionales, las mujeres indígenas comercian con sus diseños ancestrales, las agencias de turismo humillan a grupos étnicos disfrazándolos de indígenas, explotándolos por unos pesos, y las ONG misioneras “salvan” a la selva del capitalismo arrasador de donde parten. Aquí la selva amazónica, su naturaleza y pueblos indígenas, es interceptada por el mundo occidental y ofrecida como objeto de mercado.

La primera noción que tuve de este nuevo colonialismo –la transformación de prácticas milenarias en bienes de consumo–, fue en un restaurante para turistas *gringos* ubicado en la Casa de Fierro, el monumento construido por Eiffel. Los comensales de la mesa, un pintor estadounidense dedicado a retratar el folclor de la Amazonia –bufeos, sirenas, curupiras y chamanes– y a beber *ayahuasca*, y un Hermano inglés convertido en mártir de la causa indígena y la lucha ambiental, pidieron su plato mientras advertía con sorpresa los menús que ofrecía la carta. *Dieta de Ayahuasca*, aparecía en letra cursiva y bajo este título una buena cantidad de platos vegetarianos, alimentación que exige el ritual. La preparación física y espiritual para disponer el cuerpo a la ceremonia del *ayahuasca*, o la “soga del muerto” en su traducción del quechua, es tan importante como la toma, así que quien quiera tener una experiencia satisfactoria debe seguir los consejos de los chamanes: aislarse en la selva durante por lo menos una semana, permanecer en soledad y disponer el estómago a una estricta dieta de pescado, plátano maduro y agua. La abstención sexual también es un condición *sine qua non* para tomar ayahuasca. Por esta razón, me sorprendí cuando tuve la carta en

la mano y vi el menú de la dieta: significaba que el restaurante y sus comensales –en su mayoría turistas que venían a tomar yagé–, estaban de acuerdo en que se podía hacer caso omiso del ritual de limpieza previo a la ceremonia de la toma. ¡En eso había quedado el ritual! La dieta, punto de partida para la curación de enfermedades físicas y espiritual para los pueblos amazónicos, se había convertido en un plato del menú. Era vergonzoso ver la manera como Occidente desarticulaba las experiencias de sus raíces aprovechando convertirlas en una porción de ensalada. Sorprendía el nivel de sofisticación estéril a la que habían llevado esa ceremonia indígena.

¿Por qué el asombro? A fin de cuentas, un siglo atrás, en una gesta mucho más dolorosa, la demanda mundial de caucho había convertido en mercancía a los indígenas, sus vidas y su conocimiento sobre el bosque, con la diferencia de que allí era el cuerpo de los indígenas el que estaba en venta, mientras que ahora su espíritu era el que se había diezmado. Entonces, ¿había razones para ponerse tenso frente a esta carta de menú? ¿Había que zampársela en la cara al dueño del restaurante en un gesto de indignación? ¿No era acaso la transición natural que siguen los ciclos de las penetraciones culturales? Primero espolean, destruyen, matan, es decir, van directo al cuerpo físico, la primera puerta de entrada al alma. Al derribar el cuerpo acaban con buena parte del espíritu, así que el proceso se acorta. Transformar su esencia en mercancía es tan sólo una de las maneras de comprar su alma. La religión también ha mostrado maneras ingeniosas de someter el espíritu indígena.

De este primer momento, el genocidio indígena que desató la demanda mundial de caucho, la ciudad expone las huellas con emoción. Su arquitectura, en especial la del distrito central, a partir del cual se ha regado toda la ciudad, recuerda la riqueza de la extracción y los azulejos de los grandes edificios del Boulevard, las correrías para capturar indígenas por la selva. Hoy en día, las antiguas casonas de los caucheros se muestran deslucidas y sus revoques pelados. Me temo que muchas personas que se pasean junto a este pasado son inconscientes del profundo daño que ocasionó a los indígenas en toda la selva. ¿Saben de qué manera acabaron con pueblos enteros y cómo doblegaron su espíritu? ¿Les importa? Probablemente no. Estos monumentos históricos de la ciudad y el efímero pasado de opulencia generan entre la gente sentimientos de orgullo, no de indignación. Es comprensible. Sin el dinero de las grandes caucherías, Iquitos jamás habría sido una ciudad en el corazón de la selva y su nacimiento se habría convertido en un aborto seguro.

Fecha de recepción: 1 de septiembre de 2009.

Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2009.